

EL CARTERO DE CORTÁZAR

Jorge Boccanera y Juan Castagnino

CARTAS DESCONOCIDAS DE UN CRONOPIO

Jorge Boccanera

Una imagen posible que retrate la actividad epistolar de Cortázar, quien ejercía el género de modo ferviente, podría ser la de cientos de carteros con la lengua afuera repartiendo sobres en distintas ciudades. Por fuera de los voluminosos tomos que recogen su correspondencia, existen aún algunas cartas inéditas, como las 80 extensas misivas que durante casi 30 años el escritor envió a su amigo Eduardo Hugo Castagnino, desde diversas partes del mundo.

Si es cierto que Cortázar entrega a partir de una muesca en la realidad todo un universo fantástico, hay que decir que sus cartas nos devuelven entre bambalinas a un joven a zancadas por el andamiaje de sus narraciones. Las cartas que le envía a Castagnino, van impregnadas con la respiración electrizada del joven que entra a cada uno de sus asuntos con el corazón en la boca. Y por sobre todo, la génesis de algunos de sus textos, desde su inicial libro de poemas *Presencia*, pasando por borradores no publicados, hasta su novela cumbre *Rayuela*.

No cabe duda que Castagnino era para Cortázar un interlocutor especial, con quien comparte algo más que una rutina de guiños y un tono de sorna. Porque si los separa la geografía, los reúne un estado de diálogo permanente sobre la literatura, el jazz, la música clásica, el cine, y que abarca también lo político en una cuerda que contó por años con un saludable espacio de discrepancia.

Habría que ver cómo se fue desarrollando esa amistad estrecha —Cortázar llama a su amigo: “aparcerero”, “camarada”, “*my dear friend*”— entre un escritor cosmopolita, que pasa a residir en el exterior en una búsqueda abierta en lo estético y



en lo social, y un profesor-escritor volcado a prohombres de la historia y símbolos de la nacionalidad. Como sea, a este amigo confidente (ambos cargaban la ausencia de un padre abandonado, ¿eso los acercó más?), le muestra textos cuya publicación somete a su criterio.

No hay duda de que Cortázar era un “epistolero”. Descargaba su teclado en extensos monólogos, y le hacen siempre lugar al interlocutor; incluso adelantándose a sus pensamientos, o tratando de adivinar las respuestas a los interrogantes que allí mismo formula. En medio de esa excitación pasa revista a todo, como un niño al que han dejado por un instante, solo, en el centro de una inmensa juguetería. Montado en el ansia por contar, por conversar —sobre todo en escritos que envía desde hotelitos y pensiones de Bolívar y Chivilcoy—, avanza con una oralidad vivaz que va tomando rango de narrativa. Por ello sus cartas son, a un tiempo, memorias, bitácora de viaje y diario personal.

El corresponsal de la línea de fuego donde se baten cuerpo a cuerpo, sueño y palabra, no deja de informar (¿compartir?) sus viajes, mientras su curiosidad va de lo cotidiano a lo filosófico, a ratos con tono crítico. En las cartas escritas por un Cortázar nómada, van tomando rango de moldura algunos asuntos que aparecen en un inicio como búsqueda exaltada, especialmente la literatura y la política. Todo articulado a la vibración que tempranamente él mismo definió en una de sus esquelas como “desesperación metafísica”. Hay tras esa grafía un Cortázar tremendamente vivo, azuzado por el entorno real y el mundo onírico, que le coloca palabras al asombro y deja respirar los deseos.

CARAMELOS SURTIDOS

Juan Castagnino

Una estrecha y fructífera amistad entre mi abuelo, Eduardo Hugo Castagnino y Julio Cortázar, dejó un rastro elocuente en las numerosas cartas del escritor, manuscritas y mecanografiadas, más un extenso cuento inédito, en un largo período que va de 1937 a 1964.

Si bien en el momento no fui conciente de lo trascendente del tema, el relato de mi padre en clave de primicia sostenida en el tiempo, logró fascinarme al develar la estrecha relación que había ligado a mi abuelo con Cortázar, desde el tiempo en que ambos coincidieron en las aulas de la porteña Escuela Normal de Profesores Mariano Acosta. Hasta ese momento —yo tenía 14 años— no había leído nada de la obra del famoso escritor, sin embargo su nombre no me era ajeno. “Tengo guardada una pila de cartas originales que Julio le mandó a ‘Chacho’” (tal el apodo de mi abuelo), soltó mi padre sin demasiada emoción, aunque con solemne autoridad de noticia rotunda.

Imagino a mi abuelo (“lees como un salvaje”, le decía Julio), prendido al primer párrafo de ese relato: “A los 8 años, Carlos María estudiaba en su prima las posibilidades de un juego violento y eficaz, que alcanzara para toda la siesta. Marta vacilaba antes de aceptar la parte de jefe sioux, previendo el rollo de sogá como un manotazo al pasar bajo el sauce, las ligaduras en los tobillos, el mirar justiciero de Búfalo Bill antes de arrastrarla al tribunal de los hombres blancos. Prefería la mancha, donde batía a su primo menos ágil, o irse a los baldíos a juntar langostas. Carlos María argumentaba hasta convencerla; a veces Marta se oponía de plano, y entonces él la agarraba del pelo y la mechoneaba, mientras Marta se defendía a patadas y alaridos. Mamá Hilaire les cobraba su siesta rota con privación de postres, con un mirar fosco que duraba días enteros”.

Lo cierto es que mi curiosidad por esas cartas creció en proporción al apurado descubrimiento de la obra de Cortázar. Durante mucho tiempo, le pedí a mi padre que nos sentáramos a revisar y leer cartas al azar; ese interés creciente terminó por decidirlo años más tarde a entregármelas definitivamente, como un legado anticipado a su muerte. Cortázar valoraba la erudición de mi abuelo, profesor, pero quizá lo que más le atrajo era ese fervor por la lectura. Mi abuelo se desempeñó por años en la editorial Kapeluz, escribió también poemas y entre otros libros sobre la historia nacional, *Guión sanmartiniano* y *La prosa de Sarmiento*.

Esa química que reúne y cuya fórmula siempre está a buen recaudo del misterio, los hizo interlocutores legítimos y, entre chanzas, reflexiones sesudas, traspaso de información y charla desbocada, dieron paso a un intercambio rico y variado. Una especie de minidebate ecléctico y atemporal,

aunque la situación histórica de las cartas las conviertan en un documento que devela gustos y preferencias, posturas políticas profundas y fundadas, y la fina ironía que caracterizaba el humor de ambos. La relación se fortaleció en un respeto implícito y desacartonado; y la confianza les otorgó un espacio para discutir con altura sus diferencias de opinión sobre arte y política, así como para disfrutar y festejar sus acuerdos en cantidad de temas referidos a sus lecturas personales, sus respectivas experiencias como profesores (sobresale la colorida pintura que Cortázar ofrece de la pacatería conservadora del interior de la provincia de Buenos Aires), el teatro y la música. Mi abuelo era exhortado por el autor de *Rayuela* a confiar más en su propia escritura, a creer un poco más en su capacidad, al punto que le dedicó el poema “Paloma Muerta” acusándolo de no animarse a volar a pesar de tener pasta. Pero también escuchaba con atención el análisis de mi abuelo acerca de lo que él escribía; e incluso le exigía esas opiniones. Juntos se mofaban de interpretadores antojadizos que rebuscaban al interior de algún relato, indagando posibles sentidos.

Había una clara necesidad de comunicar. La prueba es la disculpa introductoria con la que se inician muchas cartas por la tardanza en escribir, o porque la respuesta no era lo suficientemente extensa. Les gustaba polemizar y jugaban limpio. Se acompañaron durante años a través de la correspondencia, cuando el ejercicio de la docencia llevó a Cortázar a Bolívar primero (alguna vez escuché en casa que fue “Chacho” quien le consiguió ese trabajo), luego a Chivilcoy, y después a Mendoza. El diálogo, que siguió desde la llegada de Cortázar a París, se mantuvo hasta 1964, fecha de la última carta de las que componen este material, en la que hay una mención muy sentida por parte del autor de *Rayuela* acerca de cómo lo conmovieron las repercusiones de su novela más famosa en las juventudes de América Latina, y de otros lugares. Decía sentirse portador involuntario de una voz de esperanza, y se lo siente extraño y a gusto al mismo tiempo.

Releo esas cartas y escucho un jadeo: la respiración agitada de un Cortázar joven que empieza a deletrear un mundo oscuro y maravilloso a la vez.

LAS CARTAS: PIEZAS DE UN ROMPECABEZAS

España en guerra y Hitler

14 de septiembre de 1938

Claro que en España, el problema de la miseria es tan espantoso —lo ha sido siempre— que todo sistema de gobierno se encuentra con las manos poco menos que atadas. ¡Y la burocracia, además, y los latifundios, y los millonarios, y los curas, y la ignorancia! Parece casi imposible que, fuera de las grandes ciudades, se viva allí tan alejado del mundo. Y, con todo, es así. Miseria y soledad; doble germen de odios, de rebeliones... escribo todo esto pensando en otra cosa: en

Checoslovaquia y en el megalómano de Hitler. Lo que he oído esta tarde por radio basta para mantenerme lleno de inquietud. Es cierto, todo esto asquea y fatiga... A cada instante me parece oír la palabra, la frase terrible: "Se declaró la guerra". Me dicen que saldremos ganando... ¡Qué imbéciles!

Se estrena poeta

14 de septiembre de 1938

No tengo novedades sobre mi libro; creo que aparecerá dentro de una quincena (se refiere a *Presencia*, poemario que firmó con el seudónimo de Julio Denis. N de R.) y entonces tus plúteos recibirán el ejemplar que corresponde a un amigo tan tolerante, tan bueno y tan sufrido. Estoy satisfecho tan sólo a medias de ese libro; es curioso cómo se opera una disociación total entre lo escrito y uno mismo, en cuanto el plomo y la cartulina entran en juego... No sé, francamente, qué voy a hacer con los 300 ejemplares.

Escribir un cuento

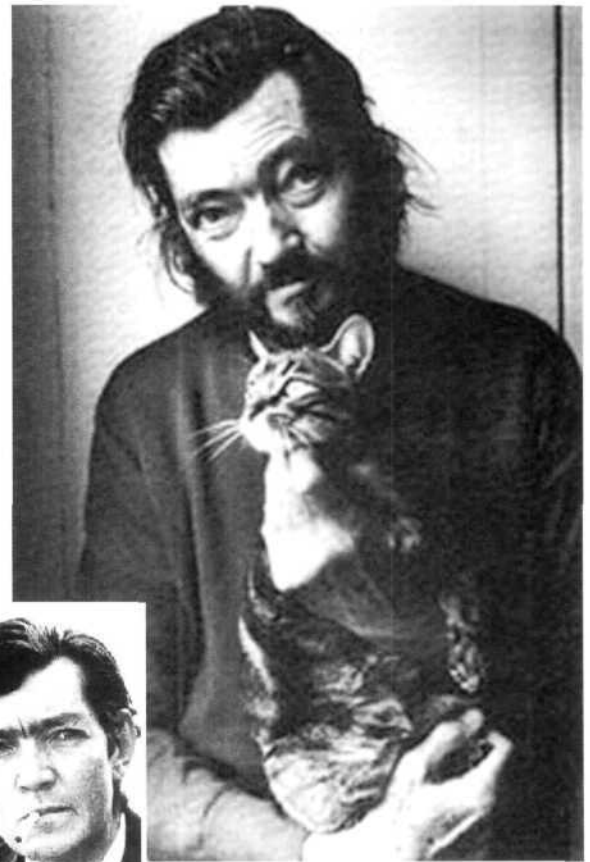
14 de septiembre de 1938

Anoche estuve diciéndome que me agradaría, alguna vez, publicar un tomo de cuentos. Cuentos a la manera de "Puzzle". Aquí, en la Argentina, nadie escribe cuentos en el buen sentido de la palabra. Los de Estrella Gutiérrez, por ejemplo, me parecen detestables. Los Barletta, Castelnuevo y demás proletarizantes, son piezas de morgue o de arrabal sucio. ¿Es que acaso se ignora lo que debe entenderse por cuento? Muchos se limitan a seguir a Zweig —que es un señor cuentista, por cierto— y describen *situaciones*. Pero la literatura psicológica (que es la menos psicológica de las literaturas) está de capa caída. Pienso en el cuento bien entendido que debe ir más allá de la mera situación, del mero cuadrado aislado en un momento de vida. Creo que debe existir un argumento: *debe pasar algo*. Por eso me gustan los cuentos sajones, tanto los ingleses como los yanquis. Porque en ellos siempre pasa algo. Chesterton, Mansfield, Hemingway, Caldwell, Dunsany... Y, naturalmente, el judío Kafka. Ahí está la culminación del cuento. Así me gustaría, alguna vez, escribir algunos para ofrecerlos en un tomito que no se cayera de las manos durante el tiempo de lectura".

Una novela sobre la revolución

15 de noviembre de 1938

Me impuse la tarea de escribir una novela, y el tratamiento marcha ya por la página 60. Se llamará "Preludio" y será algo inefable. El nudo de la obra es una revolución que se lleva contra el gobierno de la Argentina (los datos geográficos son imprecisos, y quiero que haya como una atmósfera de entresueño, de cosa inhumana); pero es una revolución especial, una revolución pura: vale decir, que tiene que ir al fracaso por propia voluntad de los jefes. Convencidos de que no es posible mantener la pureza de una revolución una



vez que se ha arribado al poder, quieren dar el ejemplo de la acción sublime, de la idea hecha carne... pero no dinero. Doy gran importancia a lo mágico, a lo sobrehumano. (Como que, al hacerse la revolución, las potencias infernales —o celestiales, que para el caso es igual— se divierten en alterar los planes de los jefes, haciendo triunfar la revolución, y llevándolos al poder, cosa que les acarrea de inmediato la enemistad de medio mundo, y los hace desesperarse al ver que han fracasado.) Como ves, es un tema divertido, pero hondo, trágico; yo, incorregible, no puedo evitar tratarlo con cierta ironía; pero te aseguro que habrá drama, para que no se me crea capaz de jugar con los destinos humanos ...

Leo en los diarios las medidas anti judías de Hitler. ¿Por qué la bola que mató a von Rath no buscó blanco más arriba, en la cabeza de ese megalómano desatado?... Alemania fue, alguna vez, cuna de héroes y grandes hombres!

Sonata

Marzo de 1939

¿Has comprado nuevos discos? (Alguna vez, trata de comprar la "Sonata en La Mayor", de Franck, grabada por Thibaud y Cortot, o por Yehudi Mehinun y su hermanita; es

una obra admirable, quizá la más bella sonata para violín y piano que se haya escrito.

Guerras

Chivilcoy, 6 de noviembre de 1939

Sobre la guerra, ¿cómo no opinar lo que opinas tú? Sólo hay una conducta a seguir: los aliados representan demasiado, para ti y para mí, como permitirse la debilidad de juzgarlos a través del criterio comunizante o fascista con que suele enfrentarlos la “juventud” argentina. Que esto sea una nueva competencia económica anglo-germana, y que Francia haga las veces de lírico Quijote, me tiene completamente sin cuidado; eso será el *substratum* de la guerra; estoy dispuesto a aceptarlo en nombre de Karl Marx; pero que por encima de eso se juega el destino de las generaciones venideras, y que aquí se trata de que la cultura se salve o que sea aplastada por la bota dictatorial, eso me parece primario, y mucho más importante que lo otro.

Quejas y antologías

Chivilcoy, 23 de abril de 1942

Leo —y me imagino— la “Antología de la Poesía Argentina” de Borges *and &*. ¡No hay derecho! El muy canalla ha visto venir la protesta, y se ataja por anticipado en un prólogo que, entre los muchos que lleva escritos, me parece de lo peor. Ciertamente toda antología supone la preferencia y la exclusión; cierto que mi intuición de lo poético ha de ser distinta (¿y lo es!) de la de quien recopila los fragmentos. Pero salir diciendo que Martínez Estrada es el mayor poeta de la tierra; incluir a un señor Marcelino del Mazo, cuya sola lista de obras provoca la sonrisa cuando no la indignación —ya que por lo visto ha sido impresa en un alarde de “humour” muy poco al caso—. Vamos, son cosas que yo no acepto.



La obra se abre con Almafuerce, del cual se publican tiradas larguísimas; ya sabes que Borges y su clan andan en procura de una revolución del pobre Palacios...

El lunes, en cambio, tuve una experiencia mucho más afortunada. Leí *EL MISTERIO DE LAS CERILLAS*, de ese perverso Ellery Queen. Me da una rabia terrible pensar que, llegado al famoso “desafío”, tenía yo la convicción de que el asesino era un tal Finch, aunque no lograba eslabonar las razones y los procedimientos del asesinato; luego, el diabólico episodio de la reconstrucción del asesinato / me desvió de la verdad —que es lo que Queen ha de conseguir en el 99% de sus lectores, vaya en mi descargo aquello de que “Mal de muchos...”—; y cuando, después de haber desechado la buena pista, me encontré con que el asesino se me había escapado de entre los dedos, te juro que pasé una mala noche. Todavía no he vuelto de la cólera. (Me parece una excelente obra, sobre todo por la limpieza con que ha sido planteado el problema, la falta de ejemplar de “misterios accesorios”, que otros novelistas incluyen para despistar, etc; ahora bien, hay que reconocerle a Ellery Queen un primer lugar en la actual literatura policial, pero no me parece que supere al Van Dine de “El caso Green”, o a Agatha Christie (la de “El crimen de Roger Ackroyd”).

Novela y cine

Chivilcoy, 23 de mayo de 1944

Terminada *La Montaña Mágica*, la emprendo ahora nada menos que con el pornográfico, neologístico, calembouresco y famoso *ULYSES*. Me traje una edición americana, y veremos si puedo o no puedo con él. Me ofrecieron (como punto de apoyo) la versión francesa de Valéry Larbaud, pero prefiero intentar la comprensión directa; ya te diré cómo me ha ido, y en el peor de los casos tiraré la esponja...

Fui a ver “Carne y Fantasía”. Definición: Duvivier pasteurizado. Pero ¿no le queda a la leche así tratada algo —por lo menos el color— de su esencia original? El hombre de “Carnet de Bal” asoma aquí y allá; lo más infeliz ha sido la adaptación de la idea de Oscar Wilde; Mr. Edward G. Robinson anda de aquí para allá haciendo el memo, y ahí no ha pasado nada. La primera parte, ¡qué cámara, por Jove sempiterno! Y la tercera (aquí pensarás tú que mi corazón es de modistilla o poco menos) por más simplota, por más novelesca, por más romántica... mi preferencia. Charles Boyer menos engolado, menos idiota que en sus últimas dieciocho películas yanquis. Bárbara Stanwyck... *well, well, well!*”

Una crítica a Bioy

18 de junio de 1944

...proyectaban “Bengal Dancer”. Si te quieres divertir, lee en el último *SUR* un cuento de Adolfo Bioy Casares que se llama “La Trama Celeste”. Pudo ser algo grande pero se malogra

parcialmente por: a) excesiva asimilación de la técnica de papá Borges; b) excesiva asimilación de temas de ídem; c) deliberado prosaísmo en la redacción, dándole carácter de documento. Al margen de estas reservas, que observarás están separadas por las iniciales del autor en cuestión (¡sutil simbolismo!) es una cosa notable y digna de leerse... te divertirás, niño.

Calcar manías

Mendoza, 11 de agosto de 1944, año del Señor

(Sobre una traducción del poema "Himno" de Baudelaire.)

Es horroroso, créeme, asomarse a las traducciones que Marquina, Diez Canedo y otros carniceros han hecho de los simbolistas. Prefiero intentar versiones con rima asonante y grandes libertades, pero en las cuales quede un poco adherida el alma de esa poesía secreta y profunda. ¡Vieras una traducción que en mala hora desenterré en la biblioteca, de la "Oda a una urna griega" de Keats! La urna queda reducida a una infame cacerola de aluminio con calcomanías (¿O es calcomanías).

El rruiseñor

Mendoza, 8 de octubre de 1944

Hace diez días batallo —¡ah, caro, qué dulce batalla, más dulce que esas que celebraba Góngora ("a batallas de amor, campos de pluma")—. Consiste nada menos que en traducir la "Oda a una urna griega" de Keats. ¡Boy, vieras tú lo que es eso! Tiempo empleado: noche a noche, de 21.30 a 1. Resultado: cinco versos, a veces seis —gran triunfo— a veces tres y puteadas a granel.

Elogios a Castagnino

Mendoza, 27 de noviembre de 1944

Y vamos a tu Hernández. A veces tu modestia tiene la rara virtud de enfurecerme, y ésta ha sido una. Tu trabajo está muy bien escrito, lo que entre otras cosas prueba que ha sido muy bien pensado. ¿Te sonríes, bicharraco? Cosas así me han dado la alegría de leerme con una orgullosa satisfacción y una no menor esperanza. Y si crees que estoy haciendo frases, te vas levemente al corno.

Axolotl

París, 25 de octubre de 1952

Me alegro de que te gustaran (si puedo emplear la palabra) los cuentos. ¿Por qué no me dices nada de AXOLOTL? ¿O no te lo mandé? Ese cuento me gusta bastante, pero coincido contigo en que "La Banda" es el mejor. Tienes una buena memoria a medias; te acordabas de que te conté el episodio en la calle Florida; no te acordabas de que el episodio me ocurrió a mí. Sólo que la inferencia metafísica me vino en París, una noche de insomnio. Por un azar asociativo, di en pensar en

aquella tarde memorable del cine Ópera, y de mi bronca ante la banda de Alpagatas. Entonces, bruscamente, me dije: ¿Y si lo que vi era realmente la verdad de esto que llamamos "real"? ¿No me habrá sido dado ver nuestra realidad, ese día? Al día siguiente escribí el cuento. En cuanto a "Final del juego", creo que tiene mucha magia, y que es muy porteño; me alegra saber que mis adolescentes te parecen logrados. ¡Es tan difícil crearlos bien!"

Cuello duro

París, 21 de noviembre de 1962

Me alegro de que mis cronopios te hayan acompañado un rato. Aquí me llegan las primeras protestas vernáculas. ¡Cómo! ¡Un escritor *tan serio*, escribir esas tonterías! Huelga decirte que mi-regocijo-no-conoce-limites. Ricardo Molinari tenía razón cuando me decía que en la Argentina, antes de ponerse a escribir, los poetas y novelistas se ponen cuello duro y se suben al ropero. Y después, viejo, esa manía de las etiquetas: Fulano es cuentista, Mengano es poeta, Zutano... Cuánta pelotudez!

La generación de Rayuela

París, 17 de diciembre 1964

Lo de "Rayuela" tuvo repercusiones que yo no preveía: una correspondencia a baldes, de todos los países de América, y la obligación de contestar aunque sólo fuera con dos líneas a muchas de esas cartas. Los jóvenes reaccionaron frente a ese libro de una manera para mí mucho más conmovedora que todas las críticas favorables o desfavorables publicadas en revistas y diarios. No puedo saber bien qué hay en ese libro (de cuyos defectos tengo plena conciencia, por lo demás) que cayó sobre la generación joven como un toque de alerta, una confirmación, incluso una esperanza. Lo malo es que no he vuelto a escribir más cosas, fuera de unos cuentos, y que sólo a partir de esta primavera próxima estaré en condiciones de ponerme a trabajar en un libro que despacio se está fabricando en los sótanos; esos sótanos de cuya existencia se tiene noticia por los sueños, por los tics, por la ansiedad. ☒

Jorge Bocanera (Bahía Blanca, 1952). Escritor argentino, poeta, periodista. Obtuvo el Premio Casa de las Américas (1976); y el Premio Poesía Joven, México (1976). Es autor, entre otros, de los libros *Bestias en un hotel de paso* (2001), con prólogo de José Saramago; *Los ojos del pájaro quemado* (1980), con presentación de Fernando Alegria en la contratapa; y *Sordomuda*, publicado en México por la UNAM (1992). Durante su exilio en México (1976-1983) preparó la *Antología de Poesía contemporánea de América Latina* (1982), con el escritor uruguayo Saúl Ibargoyen. Un poema suyo apareció publicado en el número cero de *Archipielago*, en 1992. Dirige actualmente en Buenos Aires la revista *Nómada*, en cuyo número uno apareció publicado el trabajo que aquí presentamos.